

(*P. americanus*) alrededor del hallazgo dió de sospechar que talvez se trataba de un animal de la misma especie, como efectivamente aconteció. Inclinándome del caballo quise sacar del agua al infortunado Zambullidor, el cual, sin embargo, parecía inusitadamente pesado, no obstante la masa de vegetación descompuesta y flotante que lo rodeaba. Al fin un tirón más enérgico descubrió no solamente el ave, sino también el cuerpo de una rana común de enormes proporciones, prendida del pescuezo de su víctima. En el trágico encuentro ambos habían perecido: el uno, se supone, que ahorcado por la presión de las poderosas mandíbulas de su agresor, y el otro sencillamente por sofocación. Tan bién unidos estaban que pude llevarlos, colgados, con el propósito de fotografiar este extraño grupo animal en un alambrado que distaba de allí unos trescientos metros. Con este ejemplo quedé plenamente convencido de la gran voracidad de los batracios. Un caso análogo, y aun más gráfico, lo describe el doctor Spezzini en EL HORNERO, Vol. II, 294.

NOTAS

COMO CAZAN LOS CONDORES, VULTUR GRYPHUS (LINNAEUS)

Allá por 1904, me decían en el Valle de los Reartes, Córdoba, que cazaron grandes cantidades al Sur de este punto, interesados en la venta de los cueros, usando unas trampas hechas de piolas. Colocaban la carnada que generalmente era un animal grande, caballo o vaca, armaban la trampa y luego se retiraban a escondites elegidos o fabricados, desde donde tenían las cuerdas que comunicaban con las trampas. Cuando las aves preferidas estaban comiendo, tiraban de éstas, la trampa se cerraba y a palos mataban a los que habían conseguido apresar, dejando a veces en libertad los ejemplares de las otras especies que de comedidos habían concurrido. Hasta aquí lo que me contaban, pero que yo no ví. En ese mismo año, en el invierno, ví en la Sierra Chica y en la llanura del valle mencionado, a unas personas que se dedicaban a este oficio, que usaban el siguiente procedimiento:

Elegían en el terreno, fuese sierra o llanura, algún lugar donde disimular un poco la casucha del cazador. Si era en la sierra, de seguro que preferían algún filón o agrupación de piedras, entre las que la ubicaban. Cavaban en una superficie de 5 metros cuadrados por una profundidad de 0.90 o quizá más, luego para hacer el techo ponían palos encima, hasta cubrir la superficie excavada y con cualquier cosa, piedra o tierra, según lo exigiese el mimetismo del terreno, le daban un aspecto

exterior abovedado, lo más semejante al de los alrededores para que no se distinguiese de los accidentes del lugar escogido. Le dejaban una pequeña abertura, al nivel del suelo, lo suficiente para que cupiese el cuerpo del cazador que iba a entrar por allí para esperar escondido la venida del cóndor. Generalmente, opuesta a la entrada, dejaban un agujero para colocar al frente el animal desollado o no, que les servía de sebo. Empleaban casi siempre yeguarizos viejos que obtenían a precios ínfimos.

Pronto todo, uno de los cazadores entraba por el boquete o abertura dejada *ex profeso* y lo cerraba; por el agujero, a cuya frente colocaba la res, espía las aves que iban llegando. A veces frente a él, al cavar, le hacía una banquetta como para apoyar los codos para tener más seguridad al disparar la escopeta sobre las piezas elegidas.

Para que el tiempo de espera no se prolongase demasiado, solían escoger para situarse, las proximidades a los dormideros o cualquier otro punto que hubiesen observado que frecuentaban, pero así mismo la estada en aquellas cuevas no era breve y el pobre paisano esperaba varias horas seguidas que las soportaba con la proverbial paciencia criolla.

Los primeros en asistir eran los caranchos (*Polyborus plancus*) y los jotes (*Catharista atratus brasiliensis*) que si bien les servían para llamar la atención y atraer concurrencia, le exigían el más completo silencio y le consumían la carnada.

Uno de los compañeros, esperaba no lejos de la trampa a que sonase la detonación, para ir a recoger la pieza. Me aseguraban que no era bueno que saliese del escondite el mismo que estaba, a recoger la pieza, porque desconfiarían del lugar y no volverían más. Los cóndores eran los peores, al descender al cadáver, inspeccionaban escudriñando los alrededores y sólo se dedicaban tranquilos a comer, cuando se habían asegurado de estar solos. Como la distancia del agujero de la casucha a la carnada era de pocos metros, nunca se les iban porque les disparaban a la cabeza o al ala para matarlos instantáneamente o imposibilitarlos para volar. A pesar de usar cartuchos de escopeta con munición gruesa, me decían que tenían que ser heridos gravemente porque sino se les iban aunque fuesen a morir lejos.

En 1920, en la Sierra Grande o Cordón Central de las sierras de Córdoba, en un contrafuerte llamado Las Mesillas, antes de llegar a las Pampas de Achala, encontré estas chozas que ya conocía y no lejos de allí, hallé los congueros — como les dicen a los de este oficio — que me enseñaron su técnica y aparatos que no se diferenciaban de los que antes había visto sino en detalles. Supe también, aunque no cómo, que habían conseguido cazar algunos ejemplares vivos sin ninguna lesión y los llevaron al jardín zoológico de la capital de aquella provincia.

ALBERTO CASTELLANOS.

SOBRE ALGUNOS NIDOS DE AVES CHILENAS

Habiendo tenido oportunidad de coleccionar y estudiar las costumbres de algunas especies de aves de Chile, durante varios años de residencia en Maquehue (Temuco), me es grato remitir a la dirección de EL HORNERO una serie de fotografías de nidos acompañadas de algunas observaciones.